

“El intercambio cultural es la base del hermanamiento entre los pueblos”

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

En la Universidad de Zaragoza, ciudad aragonesa donde había nacido en 1947, Carlos Barbáchano Gracia culminó la licenciatura en Filología Románica. Más tarde se graduó de licenciado en Cinematografía en la Universidad de Valladolid, donde ejerció como profesor varios años, y alcanzó el doctorado en la Universidad Complutense de la capital española. Al arribar a Cuba en misión oficial a los 42 años ya había publicado los estudios *Bécquer* (Madrid, 1970), *El cine, arte e industria* (1973) y *Luis Buñuel* (1986), estos dos en Barcelona. Posteriormente publicaría un estudio sobre el cineasta Francisco Regueiro y sus traducciones de la obra de Rimbaud: *Iluminaciones* y *Una temporada en el infierno*. En el 2000 apareció impreso su ensayo *Entre cine y literatura*. Ha editado asimismo *Teoría de la novela* y *Leopoldo Alas, Clarín. Ensayos y críticas*, entre otros títulos.

Durante su estancia en nuestro país llevó a cabo una meritoria labor de animación cultural que, desdichadamente, con el transcurso del tiempo y la desmemoria de algunos ha ido cayendo en el olvido. Carlos Barbáchano también ofreció conferencias en la Universidad de La Habana, en la Casa de las Américas, en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y en el Instituto de Literatura y Lingüística y colaboró en las revistas *Unión*, *La Gaceta de Cuba* y *Cine Cubano*. En 1996 regresó a España y desde entonces no ha tenido la posibilidad de venir a visitarnos. Tras impartir clases en centros docentes madrileños se reintegró al servicio exterior español y en la actualidad trabaja como Asesor Técnico de la Consejería de Educación de España en Marruecos. Desde allí ha enviado sus respuestas a nuestro cuestionario, que persigue re-

cordar su desempeño como promotor de cultura en el ámbito cubano y renovar una necesaria manifestación de agradecimiento colectivo.

1-¿En qué circunstancias ocurrió su nombramiento como responsable del centro educativo de España, adscrito a la embajada española en Cuba? ¿Qué situación encontró en este país?

A finales de 1988, estando en misión cultural y educativa en Colombia, se me ofrece la posibilidad de trasladarme a La Habana para ocuparme de un

pequeño centro educativo que sostiene un grupo de empresarios españoles radicados en Cuba y que cuenta con el apoyo de la Embajada y del Ministerio de Educación de España, al cual pertenezco. No me lo pienso dos veces. La Isla bonita era para mí, hombre de izquierdas, algo parecido a la antesala del paraíso.

Llego a la Isla justamente en la madrugada del 1º de enero de 1989. Camino del hotel contemplo los carteles que evocan el trigésimo aniversario de la Revolución. La primera sorpresa se me ofrece nada más llegar al hotel, sito



en el Malecón. En torno a las 3 de la madrugada el hotel hierve: jóvenes de ambos sexos desfilan hacia la discoteca o salen de ella. Continúa la fiesta. Estoy cansado y subo a la habitación que se me ha asignado. Pese al cansancio no logro conciliar el sueño y emplazo un sillón frente a un gran ventanal que parece proyectarse sobre la ciudad. Tenientemente el alba comienza a iluminar el decorado y van apareciendo ante mis expectantes ojos Centro Habana y La Habana Vieja, al fondo la boca de entrada al puerto y La Cabaña. Es mi primer encuentro con la ciudad, con una ciudad que voy a amar casi sin límites. Es mi enamoramiento, mi “coup de foudre” ante ella.

Estos primeros meses son de admiración y de asombro. Me encuentro con una sociedad viva y en constante movimiento. Con un pueblo abierto y generoso que me recibe y acoge como a un amigo, como a un hermano. Al poco tiempo de mi llegada, La Habana recibe clamorosamente a Mijaíl Gorbachov y parece que la ‘perestroika’ también va a llegar a la Isla; pero la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento de la Unión Soviética hacen que las cosas tomen un rumbo muy distinto.

Por desgracia voy a ser testigo de cómo una sociedad que vivía en una relativa bonanza va a pasar en poquísimos días a tener que resolver día a día la mera subsistencia. Viviré a fondo el período especial y seré testigo del ingenio –y también de las miserias– que la mayor parte del pueblo cubano deberá desplegar para poder llegar a fin de mes cuando los suministros de la libreta de racionamiento se han agotado en los diez primeros días.

2- Poco después de su llegada a Cuba usted comenzó a desarrollar proyectos culturales de diversos tipos. ¿Le resultó fácil llevar a cabo esas labores? ¿Contó con el apoyo de instituciones, funcionarios, intelectuales y artistas cubanos?

En este contexto la cultura se va a convertir en un alimento más que ayude a la gente a vivir. Y ahí voy a encontrar mi lugar, tratando de propiciar espacios de convivencia e intercambio

cultural entre dos culturas que poseen un pasado común y que se enriquecen mutuamente.

El primero de esos espacios es modesto. El pequeño centro educativo que coordino realiza sus actividades académicas por las mañanas. Aprovecho entonces las tardes para desarrollar una programación cultural que inicio bajo el nombre un tanto rimbombante de ‘Aula de Cultura Iberoamericana’. Cuento con la inapreciable colaboración de algunos intelectuales cubanos que acogen la idea con entusiasmo. Pronto la pequeña sala que alberga nuestras actividades los martes y los jueves por la tarde comienza a llenarse. El ciclo que en 1989 dedico al cineasta Almodóvar, por ejemplo, rebosa los límites de la sala y multitud de jóvenes lo siguen sentados en el suelo y a un par de metros de la pantalla. Aprovecho, por otra parte, la llegada de académicos, intelectuales y artistas españoles, de paso por la Isla, para invitarles a conferenciar, a recitar, a dialogar con el público cubano que acude crecientemente a la sala. Figuras de la cultura cubana de la talla de Manuel Moreno Fragnals, José Antonio Portuondo, Julio Le Riverend, Eliseo Diego, Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, Cintio Vitier, César López, etc., irán sumándose a las actividades programadas, sobre todo a partir de la invitación que el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano nos hace para alojar nuestras actividades en las instituciones académicas y culturales cubanas.

3- De todos aquellos proyectos culturales en los que usted tuvo una participación destacada, como gestor o como ejecutante, ¿cuáles considera los más sobresalientes?

Guardo especial cariño a esas primeras sesiones del Aula y a las actividades que en febrero de 1989 organizamos con el Ministerio de Cultura, la Universidad de La Habana y la UNEAC para recordar a Antonio Machado en el 50 aniversario de su muerte. Incluso pudimos publicar una pequeña antología con algunos de sus textos más significativos. Ahora bien, los ciclos culturales conjuntos más sobresalientes creo

que fueron ‘Las vanguardias artísticas españolas y América’, que se celebró a lo largo de un año en la UNEAC, y ‘Nuestra Común Historia’, postgrado que desarrollamos con la Universidad de La Habana en la Sala Lezama Lima, del Gran Teatro de La Habana, a lo largo de medio año y en el cual ofrecieron conferencias historiadores españoles como Consuelo Naranjo Orovio, Izaskun Álvarez Cuartero y Luis Miguel García Mora y los cubanos Eduardo Torres Cuevas, Olga Cabrera y César García del Pino. Al finalizar el curso las disertaciones fueron recogidas en el volumen *Nuestra común historia. Poblamiento y nacionalidad*, impreso en La Habana en 1993. Cuando salí definitiva e inesperadamente de la Isla, en julio de 1996, todavía estaban programadas las sesiones del Aula de Cultura Iberoamericana hasta fin de año.

También quiero mencionar el ciclo que desde abril de 1991 hasta diciembre de 1992 dedicamos a todos y cada uno de los premios Cervantes y en el cual, por ejemplo, Cintio Vitier abordó la obra de Jorge Luis Borges, Salvador Bueno la de Francisco Ayala, Fernández Retamar la de Rafael Alberti, Jorge Luis Arcos la de María Zambrano y Antón Arrufat la de Dámaso Alonso. Todas esas intervenciones fueron igualmente recogidas en un volumen que cuenta además con ilustraciones cervantinas del destacado pintor Juan Moreira. Por feliz coincidencia aquel ciclo culminó con la concesión de dicho reconocimiento literario, en 1992, una fecha que recordaré siempre, a Dulce María Loynaz. Ese año lo recuerdo con especial cariño puesto que en él nació mi hija, supuso mi regreso a la Isla (mi misión como funcionario del Ministerio de Educación había terminado el año anterior) y mi reincorporación en septiembre-octubre como experto cultural y educativo de la Agencia Española de Cooperación Internacional, con lo cual pasé a ejercer las labores de Agregado Cultural de la Embajada de España en Cuba. El otorgamiento del premio Cervantes a mi querida amiga, que se nos comunicó en noviembre, claro está que fue el colofón perfecto a una intensa labor de cooperación cultural conjunta.

También podría citar otros eventos culturales en los que tomé parte como coordinador o expositor, entre ellos el Primer Encuentro Iberoamericano “José María Chacón y Calvo” Hispanista Cubano, realizado en 1995 en el Capitolio de La Habana con la asistencia de especialistas españoles – Julio Rodríguez Puértolas, Francesc Rogés –y cubanos– Virgilio López Lemus, Miguel Iturria, María del Rosario Díaz. Y la celebración del Día del Idioma en el Instituto de Literatura y Lingüística en abril de 1993 y de 1994, en ambas oportunidades bajo la presidencia de José Antonio Portuondo y con las intervenciones de destacados intelectuales como Enrique Saíz, Max Figueroa y Sergio Valdés Bernal.

Por último deseo aludir a mi modesto papel en la realización del encuentro llamado La Isla Entera, que se llevó a cabo en Madrid en 1994 y sirvió para reunir a escritores cubanos residentes en su país –Pablo Armando Fernández, César López, Efraín Rodríguez Santana, Jorge Luis Arcos, Delfín Prats– y los pertenecientes a la diáspora –Herberto Padilla, Gastón Baquero, Nivarria Tejera, Jesús Barquet. Considero aún

que aquel encuentro fue muy útil para limar asperezas y crear un clima de distensión entre los intelectuales de dentro y de fuera de la Isla.

4- Llama la atención que su labor de promoción cultural no se limitó a La Habana, sino que abarcó a otras ciudades del país. En concreto, ¿cuáles fueron esos proyectos y en qué circunstancias pudo realizarlos?

Así es. En la extensión de las actividades culturales conjuntas a toda la Isla tuvo mucho que ver la impagable colaboración de los intelectuales y académicos cubanos que colaboraban con nosotros y el apoyo incondicional del embajador español, Gumersindo Rico, y del coordinador de la Cooperación Española Manuel Iglesia-Caruncho. Santiago de Cuba, Camagüey, Pinar del Río, Las Tunas, Santa Clara, Matanzas, Santa María del Rosario..., acogieron con calor nuestras actividades conjuntas, especialmente los ciclos ‘Nuestra Común Historia’ y ‘Las vanguardias artísticas’. La Universidad de Oriente, que me honró otorgándome una de sus distinciones más notables, recibió con renovado entusiasmo nuestro trabajo. Y

puesto que me refiero ahora a alguna de las numerosas distinciones de organismos e instituciones cubanas que reconocieron en mi persona, a veces inmerecidamente, ese trabajo, debo de expresar mi agradecimiento a las diversas agrupaciones españolas en Cuba, particularmente a la Federación de Asociaciones Asturianas, que me otorgó la distinción Jovellanos, y también a la Fundación José María Chacón y Calvo, que en su sede en Santa María del Rosario me honró con la Presidencia de Honor.

Después de tres años de intensa labor de cooperación cultural y educativa (ediciones conjuntas patrocinadas por la AEI, ciclos de cine, importantes donaciones de libros a bibliote-

cas cubanas, numerosas becas y trabajos de investigación, etc.) y, cuando en el otoño de 1995 ya concluía esta segunda misión, se me encomendó, desde el Ministerio de Cultura de Madrid, la coordinación general de un extraordinario Festival de las Artes y las Letras de España, que en el último trimestre de aquel año abarcó toda la Isla. Buena parte de lo mejor de la pintura, el teatro, la danza, la música, la literatura y el cine españoles desembarcó entonces en Cuba. Pude tener el privilegio de participar activamente, en primera línea, de todo ese magnífico despliegue cultural que contribuía a hermanar, aún más si cabe, al abuelo español y al abuelo africano.

5- Al hacer un recuento de su muy provechosa estancia en Cuba, ¿cuál es el saldo de aquella experiencia y qué huellas perduran? ¿Sigues considerando el intercambio cultural un recurso muy valioso para el conocimiento y la solidaridad entre los pueblos, en particular entre el español y el cubano?

Siempre he dicho que el español que no conoce y vive América, la América Hispana, es un español a medias, pues ignora lo mejor que ha dado España al mundo; con sus complejidades y contradicciones, desde luego. Tuve la suerte de vivir por primera vez América en Colombia, donde permanecí a lo largo de gran parte de 1988. Otro país excepcional. La llegada a Cuba supuso para mí el encuentro con ese maridaje tan rico de lo afrohispano, que considero la esencia de la cubanía. En ese contexto el intercambio cultural produce siempre los mejores frutos, pues contribuye a completar la idiosincrasia de una y otra parte. Un español que desconoce la cultura cubana se ha perdido buena parte de su propia cultura; a la inversa, un cubano que no conoce la cultura española, ignora la cultura de una parte de sus ancestros. Más allá de las circunstancias políticas, muchas veces efímeras, el intercambio cultural es la base, el sustento, de la solidaridad y el hermanamiento entre los pueblos.



Carlos Barbáchano en compañía de su hija, en París.